

1

(Nº 132)

El cadáver de la tierra

Amor! tu aún puedes prender tu Mama en las cenizas de los muertos!

Y  
Perto del cadáver de la tierra y frío  
rodaba de las sombras al contacto,  
arrojado á las olas del vacío  
por el genio del mal, ya putrefacto.  
Se hundían en su lávida cabeza  
las escarpadas rocas de granito  
venida su fiereza;  
sus cabellos de borques seculares  
secos y místicos dispersaba el viento;  
en su seno las venas de los mares  
paralizaron ya su movimiento;  
y cuando á su deshecha  
challábase apagado  
el corazón ardiente que en su fragua  
los metales fundía,  
y en volcanes ardía  
sobre la blanca túnica del agua,  
y desquiciaba andar con sus latidos  
del torbe las estensas soledades,

y arrastraba con lugubres gemidos  
la carroza del sol sus tempestades.

Qual reina destronada sobre ruinas,  
la luna entre girones  
de nubes sin color se reclinaba,  
y su rayo velado en sus crepúsculos  
el cadáver a intervalos bañaba.

Y en su marcha incensante  
vandos lo conducian,  
del aire por las trémulas alfombras,  
famos, duendes y viejas  
que con sus rostros pálidos y escuetos  
parecian confusos esqueletos  
arrastrando el maldicio de las sombras.

Y enal tropel de brutes lo seguian  
los genios de la muerte en sus enojos,  
y sus crepúsculos melancólicos saudian  
llameando en sus orbitas los ojos.

Y en la diestra el pumal aún humeante  
señalaba los rastros  
del crimen, y las gotas desprendidas  
rodaban por los aires encendidas  
como sangrientos astros

Y al compás de sus notas infernales,  
negro grupo delante en constancia  
iba cantando y en revuelta danza  
del infinito, hollaba los umbrales,  
y afitaba las fúnebres antorchas

en la argentada escala de la luna -

Sonó una voz: detúvose el cortejo  
al rumor infernal de las trompetas,  
y en una cumbre que en el cielo hallaron,  
seatafaleo de soles y planetas,  
el cadáver del mundo colocaron.  
El peso de su mole  
los ejes de la esfera  
oyéronse empujar en sus cimientos;  
y allí acordaron a que el sol saliera  
para <sup>que muriera</sup> ~~que muriera~~ en su inflamada hoguera  
y arrojar sus cenizas a los vientos.  
Y en Bacanal frenética a sus plantas  
cantaban y bebían,  
con el placer profundo  
del que mira su anhelo satisfecho  
y en medio de su vértigo decían:  
No te aflijas, buen Dios, haz otro mundo  
y procura que salga mejor hecho  
y en <sup>su</sup> seno del cadáver mismo  
la nube decorrió su cortinaje,  
y el cielo se inclinó sobre el abismo.  
Y entre auroras azules,  
interrumpiendo el destemplado coro,  
apareció velada entre sus tules  
la hermosa como un blanco meteoro.  
Se aproximó al cadáver, que cenida  
a su cuerpo llevaba la cadena

que inquietas vacilando  
 iluminaban el espacio ciego,  
 de sus crespos flamígeros lanzando  
 centellas y relámpagos de fuego -

Y luego todo se quedó en silencio;  
 solo se oía en comparados turnos  
 el chirrido estridente  
 de los medrosos pájaros nocturnos,  
 y el enfado incesante y prolongado  
 de sus oscuras alas extendidas  
 cual las velas de un buque empavesado -  
 Y las olas del viento,  
 arrebatadas en tropel violento,  
 azotaban con ráfagas extrañas  
 la frente del cadáver que ceñían  
 apagados volcanes y montañas -

Y súbito vargando  
 la sombra pavorosa,  
 que se afinaba en el espacio inmenso,  
 brilló un rayo de luna solitario,  
 y a su fulgor intenso  
 del rostro de una hermosa  
 que seguía el cortejo funerario -  
 Sueltos el cabello en ondas se esparcía  
 sobre su cara, vaporosa cuna  
 en la cual se mecía,  
 como un ángel de luz que descendía

que uní en el ser la muerte con la vida:  
 Lágrimas derramó en su rostro inerte,  
 besó sus labios, con amante esceso,  
 y despertó del sueño de la muerte  
 al poder de una lágrima y un beso.  
 — ¿Quién turba el sueño de mi ser profundo?  
 — dijo, y la hermosa contestó cantando:  
 — Es el amor que resucita el mundo!

Cual los fantasmas que la noche encierra  
 y aleja el sol con su carcaj de rayos,  
 se dispersó la tropa en son de guerra  
 y en sus brazos de amor dejó a la tierra  
 levantarse entre lánguidos dermayos —

En tanto por los ámbitos despiertos  
 las brisas y los pájaros alzaban  
 armoniosos y conciertos:  
 sobre la tierra, trémula de apombros,  
 la diosa del amor iba en su barca,  
 y ciñendo la púrpura a su hombro  
 se levantaba el sol como un monarca —

Madrid 12 Oct. 1873.